

Encuentro Académico Permanente
“Reflexiones por la Paz”

**La paz necesita
una economía mas solidaria
y mas economía de la
solidaridad.**

Jarrison Martinez Collazos
Especialista en Investigación del Instituto
de Economía Social y Cooperativismo
INDESCO de la Universidad Cooperativa de Colombia

LA PAZ NECESITA UNA ECONOMÍA MÁS SOLIDARIA Y MÁS ECONOMÍA DE LA SOLIDARIDAD

Nuestra historia como Nación ha sido la historia de las violencias recurrentes. Podríamos afirmar que no habido hasta ahora una generación de colombianos que haya vivido en paz. Desde la guerra de independencia se libraron ocho guerras civiles generales, 50 guerras civiles locales, una guerra internacional, tres golpes militares, la guerra de los mil días y en el siglo XX, como se recordó el pasado 9 de Abril, la violencia nos acompaña desde mitad de siglo hasta el conflicto armado que actualmente vivimos. Escribe el historiador Adolfo Atehortua, que;

“La guerra fue en el siglo XIX la manera de hacer política. La carrera política era la carrera de las armas. Era más efectivo hacer política con las armas que con las elecciones y los discursos. Al final, los gobiernos también perdonaban. Se sentaban a negociar o pactaban”.

En las últimas décadas, Colombia ha vivido un conflicto armado que ha generado inmensas pérdidas humanas, materiales, ambientales, altos costos económicos, sociales y políticos, mas de 50 años de confrontación armada deja estos resultados. Se estima que el Estado colombiano gasta 26.8 billones de pesos anualmente sosteniendo la estructura y las operaciones militares. En los últimos 10 años este conflicto le ha costado a la Nación cerca de 207 billones, sin contabilizar las pérdidas económicas en el conjunto de la sociedad.

Son aún más cuantiosas las secuelas psicológicas y la ruptura del tejido social. La violencia desarraiga comunidades, rompe la solidaridad, fractura la confianza, aísla los ciudadanos, debilitando un elemento sustancial de la vida social; la COHESION SOCIAL. En medio del conflicto armado está la sociedad civil, sus organizaciones, incluidas las de carácter solidario, en unos casos como víctimas; cientos de líderes sociales y comunitarios han sido desplazados o asesinados, sus organizaciones debilitadas o destruidas. En otros casos; realizando un inmenso esfuerzo para

reconstruir el tejido social, brindando solidaridad a las víctimas, defendiendo los derechos humanos, buscando incorporar las comunidades al desarrollo tratando de superar la pobreza y exclusión que alimenta el conflicto.

No solamente la irracionalidad de ideologías, también el egoísmo de intereses y las profundas desigualdades sociales y económicas han alimentado ésta y otras violencias. Una de sus mayores expresiones se vive precisamente en el campo colombiano. Según el Informe Nacional de Desarrollo Humano Colombia (2011), realizado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo PNUD, el país es más rural de lo que pensábamos, el 31.6% de los colombianos son pobladores rurales y en las tres cuartas partes de los municipios, cuya área ocupa la mayoría del territorio nacional, predominan relaciones propias de sociedades rurales.

El atraso del sector rural colombiano es evidente, el modelo de desarrollo implementado ha sido profundamente inequitativo y excluyente. La pobreza en las áreas metropolitanas llega al 45,5%, mientras en las zonas rurales alcanzó el 64,3%. Se estima que en el país 21,5 millones de hectáreas son aptas para la agricultura de las cuales solamente se usan 4,9 millones, es decir, solo el 22,7%. Lo contrario sucede con la ganadería que dedica 39,2 millones de hectáreas, mientras que solo 21 millones de las tierras utilizadas tienen aptitud para esta actividad. Por su parte, 5,8 millones de hectáreas están dedicadas a la minería, una cifra superior a las destinadas a los usos agrícolas.

El control y la propiedad de la tierra en Colombia explican en parte la prolongada violencia que se ha vivido. La concentración de la propiedad se ha agudizado en la última década cuando se inició una “contra-reforma agraria” que modificó el Coeficiente Gini de propiedad de la tierra, el cual pasó de 0.86 en el 2.000 a 0.88 en el 2009. Esto hace que Colombia sea uno de los países más desiguales del mundo.

En los últimos 13 años, cerca de 3,6 millones de campesinos han sido expulsados violentamente de sus tierras. Colombia ocupó el primer lugar en el mundo en desplazamiento interno de la población, superando a países como Sudán, Irak y Afganistán. Entre 1980-2010 las hectáreas despojadas y forzadas a dejar en abandono por causa del desplazamiento ascendieron a 6,6 millones, cifra que equivale al 12,9% de la superficie agropecuaria del país. Hoy las bandas criminales se oponen violentamente a la política de restitución de tierras impulsada por el gobierno.

El informe del PNUD nos invita a pensar que efectivamente en Colombia hay un conflicto rural complejo, el cual involucra el conflicto agrario y el conflicto armado. Aunque ambos tienen el mundo rural como escenario, se diferencian por sus objetivos, sus protagonistas, el papel estratégico de la tierra en uno y otro, y las prácticas a las que apelan los actores.

“La lucha por la tierra, por condiciones de bienestar y por inclusión política es el motor del primero; el control del territorio y de la población y la disputa de soberanía al Estado animan al segundo. El actor, por excelencia, del conflicto agrario es el campesinado a través de la organización y la movilización social. Los protagonistas del conflicto armado son la guerrilla y los paramilitares mediante su capacidad de ejercer coerción armada para disputarle soberanía al Estado. En el primer caso, la tierra es un fin en sí mismo. En el segundo, la tierra es un medio de acumulación (poder económico), de prestigio (vía de legitimación en un orden social jerarquizado), de influencia (poder político) y de control territorial (para garantizar corredores de paso en una lógica militar o, rutas de tráfico en una lógica criminal)”. (pag.58).

Al problema de la tenencia de la tierra se sumo la disputa de los actores armados ilegales por el control del territorio, y todo lo que ello implica (población, recursos, identidades, soberanía e instituciones). El conflicto agrario y el armado terminan relacionándose a través de sus efectos: el desplazamiento de la población y el despojo de tierras, porque la tierra se convierte en un instrumento de la guerra.

Resolver el conflicto agrario es una condición necesaria pero no suficiente para la paz. Aun resolviendo el tema agrario quedarían sobre el tapete las motivaciones, las lógicas, los incentivos, los actores y los recursos del conflicto armado. Por ello, si bien la negociación iniciada entre el gobierno nacional y la guerrilla han colocado el tema agrario como de gran importancia, no menos lo serán los puntos siguientes que se abordarán en las negociaciones gobierno-guerrilla.

El país requiere y anhela la PAZ, ella nos conviene a todos.

Sus efectos multiplicadores podrían contribuir al desarrollo de una sociedad más justa, democrática e incluyente. No solamente podría dinamizar sectores de la economía gravemente afectados por el conflicto: La producción agrícola, el sector minero- energético, el turismo, como pagar la deuda social y política que tiene el Estado y la sociedad colombiana con el sector rural. También nos permitiría, re-direccionar valiosos recursos que hoy destruimos en la guerra haciendo una mayor inversión social para satisfacer inmensas necesidades en materia de salud, educación, vivienda, servicios públicos, que todavía tiene la sociedad colombiana.

La Paz puede contribuir al fortalecimiento de la democracia y de las instituciones democráticas. Aceptar al otro en su diferencia implica promover una cultura de la tolerancia que permita el debate civilizado y excluya el miedo a pensar y proponer diferente en una sociedad que ha reproducido por décadas una cultura violenta e intolerante. Como plantea el sociólogo francés Alain Touraine (1995), la democracia

es mucho más que reglas de juego para elegir y ser elegidos. La democracia no existe al margen del reconocimiento de la diversidad de las creencias, los orígenes, las opiniones y los proyectos. No se basa únicamente en leyes sino sobre todo en una cultura política. Ya no se puede concebir una democracia que no sea pluralista. La democracia es un modo de organización de la sociedad donde el principio fundamental es el respeto de la minoría, pues la mayoría de hoy puede ser la minoría del mañana.

La Paz implica la promoción de una cultura democrática lo cual es también un aspecto central para la sobrevivencia de las instituciones democráticas. La pregunta del politólogo Norberto Bobbio (1984), adquiere relevancia; ¿Es posible un Estado democrático en medio de una sociedad antidemocrática? La sobrevivencia de un Estado democrático demanda la democratización del conjunto de la vida social y económica, el fortalecimiento y ampliación de los espacios de participación y decisión de los ciudadanos.

La Paz también contribuirá a un cambio en los imaginarios y representaciones colectivas, tener la oportunidad de despertarse cada mañana para pensar en los principales problemas de la sociedad, superando el hastío que deja la tragicomedia de las noticias al acostarnos y la angustia de lo que acontecerá al levantarnos. Vale recordar al filósofo español Ortega y Gasset: «**Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo**». Si en algo insistía era la importancia de lo que está en torno al ser humano, lo que le rodea, no sólo lo inmediato, también, lo histórico, lo espiritual. Vivir es tratar con el mundo, dirigirse a él, actuar en él, ocuparse de él, y ese mundo no existe al margen de los demás. Y de ese “mundo” es necesario ocuparse hoy.

La negociación del conflicto y la paz, nos interesa a todos y todas....

El Gobierno Nacional inició un proceso tendiente a la solución negociada del conflicto armado que por décadas nos persistido. En medio de las dificultades que ha tenido y tendrá este proceso, manifestamos el total respaldo al esfuerzo que se realiza para alcanzar una Paz estable y duradera para todos los colombianos.

El modelo de negociación establecido no es fácil, negociar en medio del conflicto implica que cada acto de guerra retumba en la Habana, siendo aprovechado por quienes se oponen al proceso y de paso genera escepticismo en la opinión pública. Negociar al margen de la sociedad civil es un factor que le resta respaldo a la negociación. La sociedad percibe unas negociaciones distantes, con desconocimiento, mira expectante el acercamiento o alejamiento de la paz.

La sociedad civil tiene un papel fundamental que cumplir tanto para que avance positivamente las negociaciones como para consolidar la paz una vez se llegaren acuerdos definitivos. La construcción de la paz no sólo es responsabilidad de los actores que están negociando la solución del conflicto armado, ella se define y construye en el seno de la sociedad. Por tanto, la paz va más allá de la negociación, Colombia necesita reconstruir su capital social, ampliar la inclusión y bienestar de la población, replantear sus valores éticos, fortalecer sus instituciones y democratizar la vida social, política y económica de la Nación.

Se necesita entonces una Paz que abra las compuertas de la inclusión y el desarrollo social: las experiencias nacionales e internacionales han demostrado que si no se desactivan los elementos económicos y sociales que alimentan los ciclos de violencia, nuevas expresiones de ella aflorarán en el futuro. Se necesita una paz que contribuya abrir las compuertas de la inclusión y el desarrollo para que la alternativa de nuestros jóvenes no sea cargar los “morrales de la muerte”, sino los de sus sueños y esperanza.

Se necesita una paz que fortalezca la unidad y la cohesión en la sociedad colombiana. Que permita ocuparse de la reconstrucción del tejido social, de los lazos de confianza y solidaridad rotos por tantas décadas de violencia y barbarie. En tal sentido la **SOLIDARIDAD** es un elemento fundamental, ella es un sentimiento que implica el reconocimiento y la aceptación del otro, es una fuerza cohesiva que genera sentido de pertenencia, pensamiento crítico, responsabilidad hacia los demás. Es un bien común que sólo se acrecienta usándolo, es un valor práctico pues sólo es posible realizarlo ejerciéndolo. La nueva generación de colombianos que logre vivir en paz no puede ser otra que la generación de la solidaridad.

Se Necesita una paz digna para las víctimas; para que los millones de personas que han vivido en carne propia los estragos de esta violencia, les sea restituida sus tierras y propiedades y la memoria de sus seres asesinados, desaparecidos, violentados, sea dignificada.

Se Necesita una paz digna también para los “combatientes”, de los distintos bandos, para que puedan reintegrarse a la vida civil, encuentren una sociedad que los recibe e integra en el marco del perdón y tienen las garantías para debatir y proponer sus ideas, por equivocadas que sean, ahora con las “armas” de la palabra y los argumentos, sin los odios y retaliaciones de los hechos pasados.

Así como la Paz necesita de un marco jurídico que le de viabilidad institucional, así como se requiere un marco cultural que permita el perdón y la reconciliación, también se requiere un marco económico que permita su consolidación. **La Paz necesita una economía más solidaria y más economía de la solidaridad.** La actual situación de crisis económica es el resultado de una economía guiada por la exacerbación del lucro. Tanto los actos económicos de los agentes como la ciencia económica requieren una mayor apertura a valores éticos y humanistas. Se requiere

una ECONOMIA MAS SOLIDARIA: Los empresarios deberán entender que no es posible el desarrollo de empresas sanas en medio de un entorno enfermo. Como ha manifestado recientemente la Directora General del Fondo Monetario Internacional Christine Lagarde; *“La equidad importa porque una distribución más equilibrada de los ingresos lleva a un mayor crecimiento sostenido y más estabilidad económica”*. Se requiere ser más solidario con la sociedad, la responsabilidad social de las empresas es un factor fundamental en la construcción de la paz en Colombia.

Por su parte, el Estado como ente regulador, requiere ser más diligente en la defensa y protección del bien común, de los intereses generales de la sociedad por encima de las lógicas y dinámicas de los intereses particulares. Como manifiesta, Naciones Unidas, se necesita mas Estado en el mercado y menos mercado en el Estado.

Al mismo tiempo, se necesita más ECONOMIA DE LA SOLIDARIDAD. Las experiencias de personas, comunidades y organizaciones demuestran que existe otra economía, que es posible producir, distribuir y consumir con lógicas de cooperación y solidaridad. Son actos económicos no necesariamente guiados por el lucro y el individualismo. Las prácticas de la economía solidaria, trascienden las formas organizativas y el reconocimiento jurídico de ellas. La sociedad colombiana necesita que más colombianos y colombianas realicen actos económicos solidarios, por ejemplo; que promuevan un **COMERCIO JUSTO** otorgando un precio justo al productor, un precio justo al consumidor y un margen justo al intermediario. Es necesario fomentar unas **FINANZAS ETICAS** que enfrenten la usura y especulación del sistema financiero tradicional. Se requieren consumidores que practiquen y estimulen un **CONSUMO CONSCIENTE, SOLIDARIO Y RESPONSABLE** que sepan que su decisión de comprar beneficia o afecta a alguien o su entorno.

Se requieren más colombianos construyendo **organizaciones y empresas solidarias**. Ellas son expresión de una sociedad civil organizada, representan un importante tejido social en el país. Las Cooperativas, Fondos de Empleados,

Asociaciones Mutuales, Administradoras Públicas Cooperativas, en el año 2011 asociaban 6.519.506 personas y generan cerca de 148.971 empleos directos. Las Juntas de Acción Comunal se estiman en 52.000 entidades actuando en barrios y veredas; las organizaciones que promueven el voluntariado registran la participación de más de 200 mil personas y miles de Fundaciones, Corporaciones y Asociaciones que ejercen la solidaridad aparecen registradas en las Cámaras de Comercio.

Las organizaciones solidarias y la propiedad solidaria adquirieron reconocimiento en la Constitución Nacional de 1991, pero el modelo imperante, privado lucrativo ha limitado su desarrollo. Se requiere de políticas públicas que fomenten y estimulen esta economía, dándole cumplimiento al mandato constitucional que estableció la responsabilidad del Estado colombiano de fomentar, fortalecer y proteger las organizaciones y la propiedad solidaria. El modelo empresarial solidario, constituye un modelo democrático, incluyente que reconoce al ser humano como actor y fin de la economía, por tanto, es un instrumento valioso para la paz.

La sociedad colombiana necesita urgentemente una **PEDAGOGIA PARA LA PAZ** que contribuya a desarmar el pensamiento y la palabra. Por tal motivo, la Universidad Cooperativa de Colombia, consciente de lo que representa para la sociedad la resolución de este conflicto armado, busca contribuir con sus reflexiones y desde la educación, al logro de este propósito nacional. Por ello, ha convocado el inicio de un proceso denominado Encuentro Académico Permanente “REFLEXIONES POR LA PAZ”.

El ideal de una sociedad verdaderamente humana, pacífica, incluyente y solidaria puede lograrse si se fomentan actitudes y prácticas que apoyen el modelo solidario en lugar de los valores individualistas y excluyentes. La educación es un campo esencial en el logro de este ideal, por ello, una educación desde y para la solidaridad no es simplemente un plan de estudios o una técnica de enseñanza, es un esfuerzo para nutrir de humanidad la vida de los niños, niñas y jóvenes. Es en últimas una

invitación a sumarse a un gran movimiento cultural y social que se preocupe por la equidad social, la democracia, la sustentabilidad ambiental y la paz. Como escribiera el Premio Nobel de literatura Gabriel García Márquez en los años noventa, se requiere:

“Una educación desde la cuna hasta la tumba, inconforme y reflexiva, que nos inspire un nuevo modo de pensar y nos incite a descubrir quiénes somos en una sociedad que se quiera más a sí misma. Que aproveche al máximo nuestra creatividad inagotable, conciba una ética -y tal vez una estética- para nuestro afán desaforado y legítimo de superación personal...Que canalice hacia la vida la inmensa energía creadora que durante siglos hemos despilfarrado en la depredación y la violencia y nos abra al fin la segunda oportunidad sobre la tierra que no tuvo la estirpe desgraciada del coronel Aureliano Buendía”.

Hemos sido las generaciones de la violencia. Tenemos el reto histórico de construir una nación en paz, que la historia nos recuerde como la generación de colombianos que fue capaz de deponer sus odios y sacar al país del ciclo interminable de violencias.

Jarrison Martínez Collazos

Sociólogo, politólogo

Instituto para la Economía Social y el Cooperativismo

INDESCO